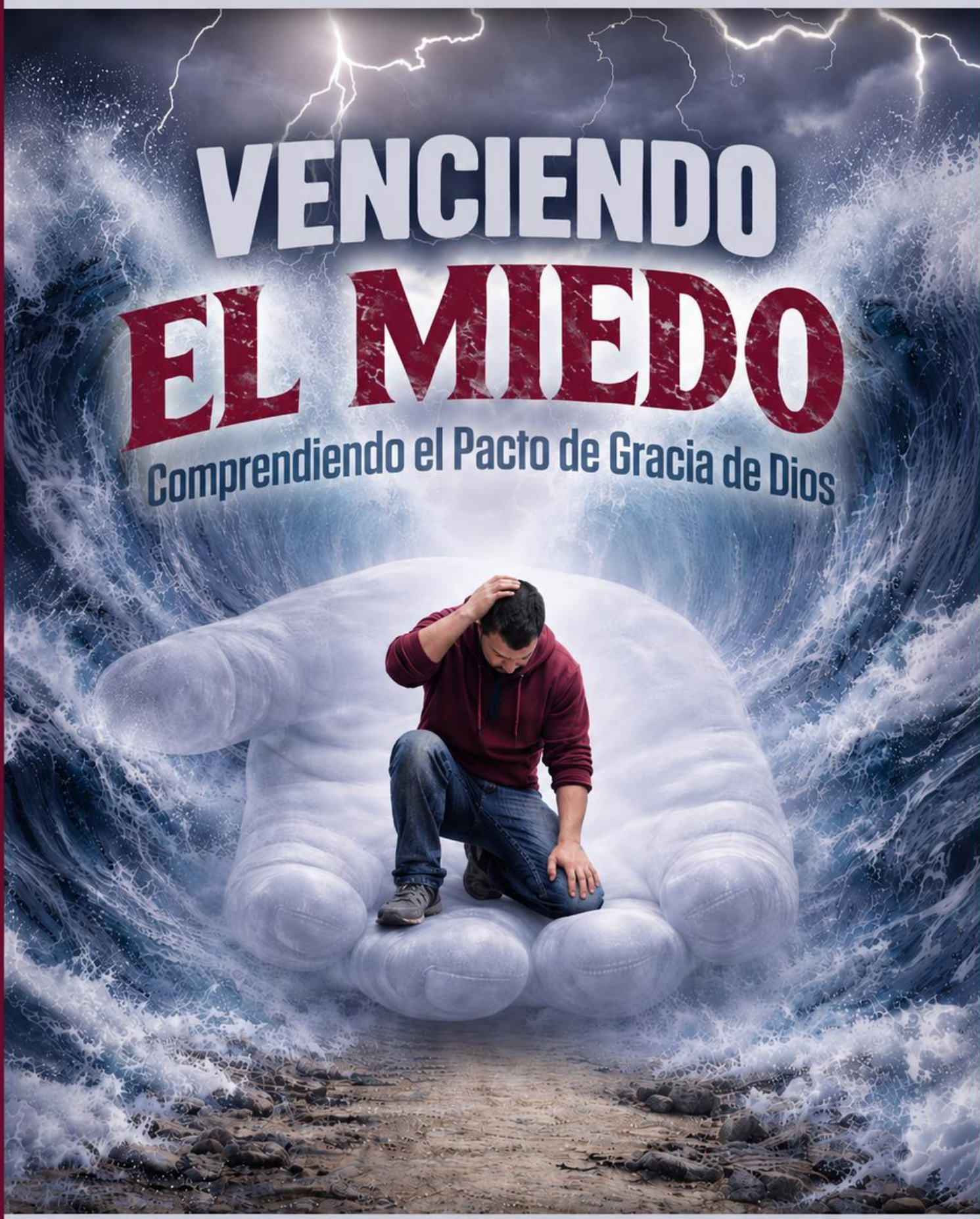


VENCIENDO EL MIEDO

Comprendiendo el Pacto de Gracia de Dios



Por Timothy R. Jennings, M.D.

**Venciendo el Miedo:
Comprendiendo el Pacto de Gracia de Dios**
Por Timothy R. Jennings, M.D.

Copyright © 2026 por Come and Reason Ministries
4922 La Collina Way, Ooltewah, TN 37363
423-661-4734
comeandreason.com
requests@comeandreason.com

A menos que se indique lo contrario, las Escrituras han sido tomadas de la Santa Biblia, NEW INTERNATIONAL VERSION®, NIV® Copyright © 1984 por Biblica, Inc.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados a nivel mundial.

Las citas bíblicas marcadas como NKJV han sido tomadas de la New King James Version®. Copyright © 1982 por Thomas Nelson, Inc. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas como GNT son de la Good News Translation® (Today's English Version, Second Edition). Copyright © 1992 por American Bible Society. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Acerca de Timothy R. Jennings, M.D.

El Dr. Jennings es un psiquiatra certificado por la junta y Miembro Vitalicio Distinguido de la Asociación Americana de Psiquiatría, fundador y presidente de Come and Reason Ministries, director médico de Honey Lake Clinic, y autor de numerosos libros, incluyendo *El Cerebro con Forma de Dios*, *El Corazón con Forma de Dios* y *El Cerebro Envejecido*, que integran la ciencia cerebral con principios bíblicos para traer sanación a la mente.

INTRODUCCIÓN

El miedo es una de las armas más grandes del pecado. Infecta nuestros corazones y mentes, distorsionando cómo vemos a Dios, a nosotros mismos, a los demás y los eventos que ocurren en nuestras vidas. Como psiquiatra y estudiante de las Escrituras, he visto cómo el miedo esclaviza —roba a las personas la paz, el amor y la confianza, y, como resultado, harán casi cualquier cosa para salvarse, incluyendo explotar y controlar a otros.

Pero la buena noticia es que también he visto el remedio de Dios para el miedo: cómo la fe en Él y Su diseño para nosotros pueden abrir las aguas que parecen imposibles de cruzar.

Cuando leo la historia de la liberación de Israel de Egipto, no veo solo un relato histórico; veo una lección objetiva divina para cada alma humana. Cada etapa de su viaje —desde la esclavitud en Egipto hasta la Pascua, el Mar Rojo y más allá— revela el plan de Dios para liberar a toda la especie humana del pecado, el miedo y el egoísmo, y para restaurar Su diseño de amor dentro de nosotros.

En esta revista, he reunido varias de mis reflexiones sobre este tema para contar una historia continua del desarrollo espiritual de cada individuo: cómo Dios nos libra de la esclavitud del miedo, nos enseña a confiar en Él, nos sella con Su Espíritu de verdad y amor, y nos une a Él para siempre a través de Su *pacto eterno de gracia*.

Mi oración es que, mientras lees, reconozcas tu propio viaje en el de Israel —y que veas que la libertad del miedo no se trata de escapar de las pruebas de la vida, sino de aprender a confiar en *Aquel que camina a tu lado* a través de ellas.

PARTE 1. Nacidos en el Miedo

La Biblia es un registro de personas y eventos reales que Dios inspiró que se escribieran con el propósito de comunicar a los seres humanos la verdad sobre Él y el plan de salvación. Como tal, muchas de las personas y eventos registrados en la Biblia no solo nos dan un registro de lo que transpired, sino que también sirven como ejemplos, tipos o lecciones prácticas para nosotros personalmente y para el plan general de salvación.

Como escribió el apóstol Pablo con respecto al Éxodo:

«Ahora bien, estas cosas sucedieron como ejemplos para impedir que deseemos cosas malas, como ellos lo hicieron» (1 Corintios 10:6).

Una de las lecciones que podemos aprender del registro escrito de la Biblia sobre el Éxodo es el plan de Dios para liberarnos del pecado personal, individual y globalmente, cuando la especie humana sea finalmente liberada en la segunda venida de Cristo.

La mayoría ya reconoce la aplicación global de la lección práctica del Éxodo:

- Los esclavos en Egipto son un tipo de toda la humanidad esclavizada por el pecado.
- Faraón, quien niega a Dios y no se someterá a Él, representa a Satanás, el amo esclavizador del pecado.
- La esclavitud, la degradación y el abuso que el pueblo recibió como esclavos representan la esclavitud, la degradación y el abuso que el pecado causa en nuestras vidas.
- Moisés representa a Cristo, quien entró en el asiento de poder del enemigo, lo confrontó y lo venció para llevar al pueblo a la libertad.

Estas lecciones son poderosas, significativas y alentadoras, y nos dan esperanza y confianza en el pronto regreso de Jesús, quien nos librará permanentemente del pecado y nos llevará a nuestra tierra prometida celestial.

Lo que puede ser menos obvio son las lecciones para la libertad individual sobre el miedo, el egoísmo y el pecado, y cómo podemos experimentar esta victoria de forma personal hoy.

Nacidos como Esclavos

Los hebreos de la generación del Éxodo nacieron en esclavitud. No hicieron nada para endeudarse o esclavizarse; era su posición y condición desde el nacimiento.

De manera similar, la Biblia enseña que todos nacemos en pecado y fuimos concebidos en iniquidad (Salmo 51:5); esta es nuestra condición al nacer. Ninguno de nosotros eligió jamás convertirse en pecador; nacimos esclavizados al miedo y al egoísmo, constituidos con una naturaleza carnal heredada de Adán.

Los esclavos hebreos en Egipto eran incapaces de liberarse, y nosotros somos incapaces de liberarnos del pecado.

Dios envió un libertador, Moisés, para confrontar al Faraón y liberar al pueblo. Y,

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree **ya ha sido condenado**, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios» (Juan 3:16–18, énfasis añadido).

Ya estamos esclavizados al pecado desde el nacimiento. No somos condenados porque pecamos; pecamos porque nacimos infectados con una naturaleza pecaminosa, temerosa y egocéntrica. Nuestra libertad proviene de Cristo, así que si rechazamos a Cristo, nuestra posición, condición y corazón/mente no cambian y permanecemos esclavizados al pecado; por lo tanto, permanecemos condenados por esta condición terminal de pecado porque hemos rechazado la curación, la transformación, la nueva vida, la libertad que solo viene a través de Cristo, que viene al recibir Su vida a través del Espíritu Santo que mora en nosotros.

Imagina a un hombre y una mujer infectados con VIH teniendo un bebé infectado con VIH; ¿qué hizo el bebé para contraer el VIH? ¡Nada!

Pero a pesar de que el bebé no ha hecho nada malo, nace infectado, lo cual es una metáfora de nosotros naciendo en pecado; el bebé aún tiene una condición terminal que resultará en síntomas, una metáfora de los pecados, y la muerte (la primera muerte/sueño por el VIH representa el salario del pecado que es la muerte, la cual es la segunda muerte/destrucción eterna que proviene del pecado), a menos que se le proporcione un remedio. Pero si al niño se le ofrecen medicamentos antivirales gratuitos que pondrán la infección en remisión (metáfora de la sangre de Jesús, que es un símbolo de Su vida/espíritu sin pecado que recibimos por fe, que reemplaza la vida/espíritu terminal que heredamos de Adán) y se niegan (al llegar a la edad de responsabilidad) a tomarlos, permanecen condenados, no por haber nacido con la condición, sino por rechazar el remedio. Pero si toman el remedio gratuito, a pesar de haber nacido infectados, ya no están condenados a morir por esa condición. Eso es lo que Jesús está diciendo en Juan 3:16–18.

Así, Jesús vino, confrontó a Satanás, venció todas sus fuerzas malignas, purificó el espíritu de miedo y egoísmo, reemplazándolo con el Espíritu de

amor y confianza, y abrió un camino para que cada uno de nosotros dejara la esclavitud del pecado y viviera una nueva vida de libertad, una vida de amor y confianza, al convertirse en nuestro Salvador sustitutivo.

«Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21).

Jesús tomó a la humanidad, quebrantada y dañada por el pecado de Adán, y purificó la infección, el espíritu de miedo y egoísmo, y reemplazó esa vida terminal con Su vida sin pecado y perfecta y, por lo tanto, se convirtió en el segundo Adán.

La Pascua: Rito y Realidad

Pero en nuestro viaje de la esclavitud del pecado a una vida de victoria y libertad, a menudo hay muchas batallas que librar. Los eventos del Éxodo sirven como una poderosa lección práctica para animarnos en nuestro viaje hacia la libertad.

Los esclavos hebreos se prepararon para salir de Egipto celebrando la Pascua, que fue instituida en ese momento como un memorial de su liberación de la esclavitud egipcia, y también como una lección práctica que señalaba hacia Jesús al convertirse en nuestro Cordero Pascual para librarnos de la esclavitud del pecado (1 Corintios 5:7). Nunca lograremos escapar de la esclavitud del pecado sin antes participar de Jesús. En otras palabras, la libertad del pecado comienza con iacceptar a Jesús en el corazón!

Los esclavos hebreos recibieron instrucciones de sacrificar un cordero o cabra, simbólico del sacrificio de Jesús por nosotros (Juan 1:29), de comer su carne con hierbas amargas y de poner su sangre en el dintel de sus hogares.

Este ritual simboliza el punto de partida en nuestra liberación del pecado. Jesús es el Verbo hecho carne (Juan 1:1–14). Ingerir la «carne» de Jesús significa internalizar la Palabra, la verdad de Jesús, de quién es Dios. La verdad sobre Dios destruirá las mentiras sobre Él y nos liberará de la duda (Juan 8:32) y nos llevará al punto en que elegimos confiar en Él y abrirle nuestro corazón. Cuando abrimos el corazón con confianza, recibimos una nueva vida, la vida de Cristo (Gálatas 2:20), a través del Espíritu Santo que mora en nosotros, que es simbolizada por la sangre (la vida está en la sangre; ver Levítico 17:11). Esto es lo que significa nacer de nuevo; nacer del Espíritu es renunciar al apego al espíritu motivador y animador del miedo y recibir, identificarse con, aferrarse y actuar sobre el Espíritu de amor y confianza. Jesús lo describió simbólicamente cuando dijo:

«De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final. Porque mi carne es

verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe su sangre, en mí permanece, y yo en él» (Juan 6:53–56).

¡Esto no es canibalismo! Es una metáfora para internalizar en nuestros corazones y mentes la verdad de Dios, lo que resulta en la eliminación de las mentiras y sirve como la plataforma sobre la cual elegimos confiar. Esta confianza abre el corazón para recibir Su vida. Todo esto fue prefigurado en la celebración de la Pascua antes de su partida de Egipto. Así como los judíos ingirieron la comida antes de salir de Egipto, debemos ingerir la carne (verdad) y la sangre (vida) de Jesús antes de nuestra partida de la esclavitud del pecado. De hecho, ¡es la verdad y la vida de Jesús lo que nos hace libres!

Las hierbas amargas simbolizan las dificultades y la amargura de este mundo de pecado que nos esclaviza. A pesar de la fuerza y el poder nutritivos y revitalizadores recibidos de la «carne» del Cordero, todavía vivimos en la amargura de un mundo pecaminoso y luchamos con el impacto de lo que ha hecho la esclavitud al pecado.

La Pascua simboliza la conversión, el punto de partida de nuestra libertad. No podemos comenzar nuestro viaje a la tierra prometida celestial hasta que nos hayamos convertido a Jesucristo. La Pascua representa, para el individuo, cómo Dios ha *pasado por alto* nuestras vidas pecaminosas, no permitiendo que se realicen los resultados completos y naturales del pecado (separación eterna de Él y muerte subsiguiente), sino que ha intervenido (intercedido) con gracia para librarnos de esta condición de pecado a través de Jesús, quien nos provee la verdad (Palabra/carne) y un nuevo espíritu/vida animador (sangre).

Una vez que nos hemos rendido a Jesús con confianza y hemos renacido, comienza el viaje hacia la libertad, y las experiencias de los hebreos durante el Éxodo proporcionan lecciones adicionales poderosas que son aplicables a nuestra experiencia como individuos, las cuales exploraremos a continuación.

PARTE 2. Cómo La Fe Abre Las Aguas

Una vez que los hebreos salieron de Gosén, Dios los guio con una columna de fuego por la noche y una nube por el día. La columna de fuego les daba luz para ver y los protegía del frío; la nube los resguardaba del brutal sol y el calor opresivo del día.

Cuando seguimos a Jesús, Él nos provee luz para iluminar nuestras mentes y guiarnos a través de la oscuridad de este mundo, y también nos protege del calor abrasador y los ataques del enemigo.

Mientras los hebreos seguían la dirección de Dios (columna/nube), fíjate adónde los llevó: al Mar Rojo, por una ruta bordeada de montañas. Esto resultó en una situación en la que parecían atrapados, con el ejército de Faraón persiguiéndolos y sin ninguna vía humana de escape.

Esto no fue un accidente, un descuido, un error de cálculo o un fracaso por parte de Dios. Fue intencional y necesario para que los hebreos fueran verdaderamente libres, no solo libres corporalmente, sino libres mental, emocional y espiritualmente —libres de su miedo, culpa, vergüenza, egoísmo y dependencia de las creencias paganas egipcias— para que pudieran avanzar en una confianza viva en Dios. Dios los llevó a este punto para que enfrentaran sus propios miedos, dudas y limitaciones humanas y eligieran confiar en Él y, así, experimentar Su bondad, amor y fidelidad, y, a través de esta experiencia, superar sus miedos en amor y confianza en Él.

A medida que confiamos en Dios y comenzamos a seguir Su guía, a menudo somos llevados a lugares en nuestras vidas donde parece que estamos atrapados y fuerzas destructivas —emociones, circunstancias, finanzas, relaciones, divorcio, problemas de custodia de hijos, problemas laborales— nos acosan, y desde una perspectiva humana, parece que no hay escape. Es entonces cuando Dios anhela que dejemos de enfocarnos en las amenazas y nos volvamos a Él con confianza, para recordar que Él es nuestro Salvador misericordioso, amoroso, poderoso y sanador que nos ha llevado a este mismo lugar. ¿Por qué? Para que podamos

elegir confiar en Él y ser liberados de nuestros propios miedos, dudas e inseguridades.

Quédate quieto y mira

Pero fíjate lo que hicieron los hebreos cuando vieron al ejército de Faraón. ¿Estás en peligro de hacer lo mismo cuando te enfrentas a amenazas en tu vida?

«Al acercarse Faraón, los israelitas alzaron los ojos y vieron que los egipcios marchaban tras ellos. Sintieron muchísimo miedo y clamaron al SEÑOR. Le dijeron a Moisés: —¿Acaso no había sepulcros en Egipto, que nos has traído al desierto a morir? ¿Qué nos has hecho al sacarnos de Egipto? ¿No te lo dijimos ya en Egipto: “Déjanos en paz; queremos servir a los egipcios”? ¡Mejor nos hubiera sido servir a los egipcios que morir en el desierto!» (Éxodo 14:10–12).

Observa la guerra espiritual que describen estos eventos y la aplicación de la lección práctica. Nacemos en miedo y egoísmo. Jesús vino para librarnos de esta condición terminal de pecado y darnos nuevos corazones que amen y confíen.

Después de haber recibido a Jesús, de haber nacido de nuevo con nuevos corazones que aman y confían, Satanás, el enemigo de todo lo bueno, reúne sus fuerzas para atacar con el fin de inflamar nuestro miedo y hacernos desconfiar de Dios y volvernos contra Él. El objetivo de los ataques del enemigo es asustarnos y activar viejos hábitos, viejos métodos de afrontamiento desadaptativos, viejas medidas de consuelo poco saludables, para hacernos correr de vuelta a los viejos “dioses”, en lugar de volvernos a nuestro Creador y Salvador para la liberación. En otras palabras, Satanás nos tienta a correr de vuelta a las cosas que nos habían esclavizado para “sentirnos seguros”.

Pero fíjate en la respuesta de Moisés:

«Moisés respondió al pueblo: —No temáis. Permaneced firmes [otras versiones, “quedaos quietos”—en otras palabras, dejad de estar frenéticos y en pánico] y veréis la liberación que el SEÑOR os traerá hoy. Los egipcios que hoy veis, no los volveréis a ver jamás. El SEÑOR luchará por vosotros; vosotros solo tenéis que estar quietos» (Éxodo 14:13–14).

Esta es la razón por la que Dios nos lleva a estos mismos lugares, para que tengamos la oportunidad de elegir —elegir confiar en Él en lugar de intentar salvarnos a nosotros mismos a través de nuestros viejos patrones de afrontamiento destructivos y basados en el miedo—. Es solo por nuestra elección de confiar en Dios que sanamos, maduramos, crecemos y somos liberados de la esclavitud del miedo y el egoísmo.

Así, en misericordia y amor, Dios siempre nos lleva a los diversos puntos de decisión que necesitamos enfrentar en nuestras vidas para liberarnos de lo que nos ha estado esclavizando, de modo que nunca más tengamos que lidiar con esos viejos enemigos.

Pero no podemos ser liberados de los viejos enemigos si seguimos eligiendo volver a ellos como una forma de intentar sentirnos seguros en el momento de nuestra angustia. Necesitamos hacer lo que Dios aconsejó: dejar de correr de vuelta a los viejos caminos y simplemente «estar quietos», confiando en Él, y verlo luchar por nosotros!

El pueblo escuchó a Moisés —lo cual es una lección práctica para nosotros—. Cuando estamos en angustia, temerosos, sintiéndonos atrapados, debemos reconocer que estamos siendo tentados a volver a nuestras viejas elecciones y relaciones esclavizantes; es entonces cuando debemos escuchar a Jesús, volvernos a Él y seguir Sus instrucciones; es entonces cuando debemos estar quietos y verlo librar la batalla y abrir el camino para nuestra liberación.

«Entonces el ángel de Dios, que había estado viajando delante del ejército de Israel, se retiró y fue detrás de ellos. La columna de nube también se movió de delante y se puso detrás de ellos, **interponiéndose entre los ejércitos de Egipto e Israel**. Durante toda la noche la **nube trajo oscuridad a un lado y luz al otro**; así que ninguno se acercó al otro en toda la noche» (Éxodo 14:19–20, énfasis mío).

La nube es un símbolo de Jesús, quien se interpone entre nosotros y nuestro enemigo. Él provee un cerco protector, deteniendo los principados y poderes de

la oscuridad, suficiente para que podamos avanzar en fe, caminando a través del mar de problemas en tierra seca.

Pero fíjate que la nube también trajo oscuridad a un lado mientras traía luz al otro lado. Esto representa una verdad poderosa: Dios es la fuente de luz y verdad, pero si rechazamos la luz y la verdad, si nos negamos a caminar en la luz de la verdad, entonces solo nos quedaremos con la oscuridad.

Es solo avanzando, moviéndonos hacia adelante, en la luz de la verdad que permanecemos en la luz, que permanecemos en el camino de la verdad. Incluso si una vez tuvimos la luz/verdad de Dios, si nos negamos a avanzar a medida que se revela más verdad/luz, entonces abandonamos la luz y terminamos en la oscuridad. Jesús describió este proceso con estas palabras: «Si entonces la luz que hay en ti es oscuridad, ¡cuán grande es esa oscuridad!» (Mateo 6:23).

Antes del nacimiento, la vida sin pecado y la muerte sacrificial de Jesús, los judíos tenían la verdad de que el Mesías vendría de la línea de Judá y nacería en Belén (Génesis 49:10; Miqueas 5:2; Mateo 2:5–6). Jesús es el cumplimiento de estas profecías, la verdad manifestada en la historia humana. Sin embargo, muchos judíos rechazaron esta verdad que se revelaba. Y habiendo rechazado a Jesús como el Mesías, cuando los judíos se aferran a las viejas “verdades” hoy y buscan al Mesías que aún ha de nacer de sus descendientes en Belén, ya no están en la luz; están en la oscuridad.

De igual manera, Faraón, habiendo rechazado toda la luz que le había sido revelada antes del Mar Rojo, había endurecido su corazón y destruido dentro de sí las facultades que reconocen la verdad, de modo que incluso en presencia de la fuente divina de la verdad, solo veía oscuridad. Así es para todos aquellos que se niegan a avanzar en la verdad, para aquellos corazones endurecidos que, incluso en presencia de la fuente de la verdad, aún solo ven oscuridad.

Debemos desarrollar corazones que amen la verdad, que mantengan nuestros ojos fijos en Jesús, y que busquen ansiosamente avanzar y seguir adelante en la luz de la verdad a medida que la comprendemos. Cuando hacemos esto después de nuestra conversión, cuando hacemos esto al enfrentar las amenazas y ataques

del enemigo, cuando hacemos esto cuando nuestros miedos aumentan y las tentaciones de volver a nuestras viejas esclavitudes nos oprimen, entonces veremos la luz; veremos el camino que Dios abre a través de lo que nos parecía imposible e intransitable.

Nuestra libertad llega a medida que confiamos y avanzamos por elección para aplicar lo que sabemos que es verdad.

Entre las Aguas

La lección del Éxodo continúa:

«Pero los israelitas pasaron por en medio del mar en tierra seca, con una muralla de agua a su derecha y otra a su izquierda. Aquel día el SEÑOR salvó a Israel de manos de los egipcios, e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar» (Éxodo 14:29–30).

Fueron salvados por el poder de Dios, sí, pero solo porque eligieron confiar y obedecer, para moverse ellos mismos hacia el lecho marino, caminando a través de las paredes de agua a cada lado. Y esto simboliza el bautismo, morir a la vieja vida, ser limpiado por el Espíritu Santo y salir de la tumba acuática para vivir nuevas vidas en una nueva tierra.

Después de la conversión, después de entregarnos a Jesús y de que el corazón sea limpiado por el Espíritu Santo, debemos elegir avanzar en la verdad, en acción, en hechos, para seguir el camino que Dios nos abre.

«Porque no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros antepasados estuvieron todos bajo la nube y todos pasaron por el mar. Todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar. Todos comieron el mismo alimento espiritual y bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los acompañaba, y esa roca era Cristo» (1 Corintios 10:1–4).

Y las mismas aguas que simbólicamente limpiaron y purificaron al pueblo ahogaron a los ejércitos de Egipto. Como lección práctica del bautismo, el apóstol Pedro también enseña esta lección cuando describe a Noé y su familia siendo librados a través de las aguas que ahogaron a los incrédulos:

«En ella solo unas pocas personas, ocho en total, fueron salvadas por medio del agua, y esta agua simboliza el bautismo que ahora también os salva a vosotros —no el quitar la suciedad del cuerpo, sino el compromiso de una buena conciencia para con Dios—. Os salva por la resurrección de Jesucristo, quien ha ido al cielo y está a la diestra de Dios —con ángeles, autoridades y poderes sometidos a él» (1 Pedro 3:20–22).

¡Qué poderosa lección práctica!

Las aguas simbolizan el poder limpiador del Espíritu Santo, que para todos los que confían en Dios mueren al miedo, al egoísmo, al pecado, a la vieja vida carnal, y renacen, son lavados y reciben un corazón nuevo y un espíritu recto. Los salvados atraviesan la tumba acuática por fe en Jesús y entregan sus viejas vidas de miedo, y viven solo porque reciben una nueva vida de amor y confianza, la vida de Cristo, a través del Espíritu Santo morando en ellos.

Pero los impíos se niegan a abandonar su vida de miedo, pecado y egoísmo, y así, las mismas aguas que limpian a los justos destruyen a los impíos.

Esto es simbólico del fin último del pecado y los pecadores, cuando los fuegos de la gloria dadora de vida de Dios fluyen, transforman, vivifican y revitalizan a los justos, mientras vivimos para siempre en la gloriosa presencia de Dios. Pero los impíos, que se aferran al pecado, encuentran los fuegos de la presencia de Dios, los fuegos del amor y la verdad infinitos, terribles de soportar porque la verdad y el amor les hacen experimentar la verdad de en quiénes han elegido convertirse y la verdad de lo que han hecho a otros. Sus corazones no convertidos ya no pueden negar, distorsionar o culpar.

En la presencia revelada de la gloria dadora de vida de Dios, los no salvos experimentan la plena conciencia de la realidad —y la odian y prefieren la muerte a la vida en la presencia de Dios—. Pedro establece esta conexión entre las aguas y el fin último en los fuegos:

«Primero que nada, debéis entender que en los últimos días vendrán burladores, que se mofarán y seguirán sus propios malos deseos. Dirán: “¿Dónde está esta ‘venida’ que prometió? Desde que nuestros padres

murieron, todo sigue igual que desde el principio de la creación”. Pero deliberadamente olvidan que hace mucho tiempo, por la palabra de Dios, existieron los cielos y la tierra fue formada del agua y por el agua. Por estas aguas también el mundo de aquel tiempo fue anegado y destruido. Por la misma palabra, los cielos y la tierra actuales están reservados para el fuego, guardados para el día del juicio y de la destrucción de los impíos» (2 Pedro 3:3-7).

Como hemos visto, los eventos del Éxodo son poderosas lecciones para nosotros. Dios anhela liberarte de todo lo que te esclaviza. El enemigo hará todo lo que esté a su poder para inflamar tu miedo, tu duda, tu desánimo, tentándote a volver a tus viejos caminos, a esclavizarte una y otra vez. Es en esos momentos, cuando no ves ninguna salida humana, que te encuentras a las puertas de tu mayor oportunidad de liberación y victoria.

Dios te anhela, te anima, te ruega que dejes de luchar frenéticamente por sobrevivir, que te niegues a volver a tu viejo “dios”, a tus viejas medidas de consuelo disfuncionales, y simplemente te vuelvas a Él con confianza. Cuando hagas esto, cuando dejes de correr y te quedes quieto en confianza, prepárate, porque Dios abrirá el camino a través de cualquier obstáculo que esté interfiriendo con Su llamado, voluntad y propósito para tu vida, ¡y caminarás hacia una nueva vida victoriosa más allá de tu imaginación! Él solo espera que elijas confiar en Él y actúes sobre esa confianza siguiendo Su dirección.

Él quiere que seas libre, ¿qué elegirás?

PARTE 3. El Sello De Dios

El amor que no puede ser conmovido

Así como Israel cruzó hacia la libertad, nosotros también debemos ir más allá del miedo y hacia una lealtad inquebrantable. Esta es la obra del Espíritu Santo, que la Biblia llama el sello de Dios. Exploremos lo que eso significa.

Jesús envió un mensaje a través de Su amigo Juan, diciéndonos que al final del tiempo (nuestros días), Él enviaría a Sus ángeles para retener la tribulación final que precede a Su regreso hasta que Su pueblo reciba el sello de Dios:

Después de esto vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro puntos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplará viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Y vi a otro ángel que subía del oriente, teniendo el sello del Dios vivo. Y clamó a gran voz a los cuatro ángeles a quienes se les había dado poder para dañar la tierra y el mar, diciendo: «No dañéis la tierra ni el mar ni los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios» (Apocalipsis 7:1-3).

Este sello no es un tatuaje u otra marca física en el cuerpo, sino como Pablo escribió:

- «Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también **nos ha sellado** y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones» (2 Corintios 1:21, 22).
- «En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, **fuisteis sellados** con el Espíritu Santo de la promesa» (Efesios 1:13).
- «Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, **con el cual fuisteis sellados** para el día de la redención» (Efesios 4:30).

El Espíritu Santo es el Espíritu de verdad y amor (Juan 14:17; 15:26; 16:13; 1 Juan 4:8).

Ser sellado por Dios significa que hemos recibido el Espíritu Santo morando en nosotros, el cual, mediante el obrar de la verdad y el amor, elimina de nuestra identidad, nuestro yo, nuestro corazón y mente, todo lo que nos separa de Dios y nos solidifica en corazón y mente en una lealtad inquebrantable a Dios, de tal manera que nada puede hacernos elegir traicionar nuestra confianza en nuestro Salvador.

Una forma sencilla de decir esto es que ser sellado significa elegir decir sí a la guía del Espíritu Santo, de modo que nos afianzamos, tanto intelectual como espiritualmente, en la verdad y el amor de Dios, y nada puede apartarnos de ello.

Jesús describió este estado al decir: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mateo 22:37).

Ser sellado por Dios, por la obra del Espíritu de verdad y amor, significa que nuestra identidad (individualidad, yo, ego, personalidad) se despoja de encontrar el yo, la seguridad, el significado, el valor o la valía en cualquier cosa antes de Jesús.

Pero, ¿qué significa esto en la práctica, y cómo lo experimentamos?

Rompiendo nuestros apegos

La Biblia enseña que cuando Adán pecó, corrompió su propia naturaleza y se infectó con un espíritu de miedo y egoísmo; desde entonces, cada persona nace infectada con ese mismo espíritu corruptor de miedo y egoísmo (Salmo 51:5; 2 Timoteo 1:7).

Venimos al mundo temerosos, inseguros, necesitados y dependientes, y inmediatamente comenzamos a buscar y a crear apegos a lo que nos proporciona seguridad, comodidad, una sensación de protección, identidad, significado y propósito.

Nuestros corazones quieren estar libres de miedo y duda, libres de culpa y vergüenza. Por lo tanto, como niños, nos apegamos, inicialmente y apropiadamente, a nuestros padres y buscamos constantemente obtener

aprobación, validación, amor y aceptación de ellos, lo que compensa (pero no elimina ni reemplaza) el espíritu de miedo e inseguridad con el que nacimos.

A medida que crecemos, buscamos, encontramos y formamos apegos a otras cosas. Algunos apegos se consideran adaptativos, como los amigos y la familia, pero otros menos, como la comida (no por nutrición sino como consuelo emocional), sustancias, dinero, propiedades, posición, estatus, fama, reputación, habilidades y destrezas, logros, equipos deportivos, objetos, amuletos de la suerte, alma máter, iglesias, naciones y organizaciones, como el Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea, los Marines, pandillas, sectas y partidos políticos.

Todos estos apegos a nuestro sentido de identidad, nuestro yo, nuestro corazón, se forman en un intento de hacernos sentir seguros, importantes, valiosos, necesarios, protegidos y dignos, para darnos un sentido de identidad, significado y propósito para compensar el espíritu de miedo, culpa y vergüenza que heredamos de Adán.

Amenazar cualquiera de estos apegos inflama el miedo, la ansiedad y la angustia, lo que típicamente resulta en una respuesta hostil para defender los propios intereses, ya sean físicos, relacionales o legales; buscamos eliminar la amenaza a nuestra seguridad. Esta es la causa de las divisiones y conflictos interminables a lo largo de la historia humana.

Esto se ve en las personas con sus equipos deportivos. Si su identidad y sentido de sí mismos están profundamente ligados a su equipo, se angustian y enojan mucho cuando su equipo pierde. Algunas personas atan sus corazones a su nación, carrera, raza, denominación, familia o riqueza.

La única fuente

El plan de Dios para Su pueblo es cortar de nuestros corazones cualquier fuente de seguridad, identidad, paz o sentido de bienestar que no sea Él. Debemos reconocerlo no solo como nuestra única fuente de vida, sino también como la fuente de nuestra identidad, propósito, significado y seguridad. Debemos reconocer que nuestros talentos, inteligencia, habilidades, destrezas, salud,

riqueza, todo lo que tenemos, se origina en Él, y que somos Sus administradores para llevar a cabo Sus propósitos en el uso de todo lo que nos ha dado. (Y Sus propósitos son siempre para nuestro mayor bien, no para Su necesidad).

Pero no somos Sus esclavos; Él quiere que seamos Sus amigos comprensivos (Juan 15:15). Él quiere llevarnos al punto en que separemos todos los lazos de lealtad que interfieren con Su llamado y propósito en nuestras vidas y le demos nuestros corazones y mentes y, en última instancia, nuestra primera prioridad en todas las cosas a Él, que en todas las acciones busquemos honrarlo y darle gloria, porque es a Él a quien amamos y confiamos por encima de todos los demás.

Por ejemplo, Abraham demostró que Dios era lo primero en su corazón en el Monte Moriah cuando estuvo dispuesto a sacrificar a su propio hijo.

Colocar a Dios en primer lugar en nuestros corazones no nos libera de nuestros deberes en la vida, sino que más bien nos fortalece y nos capacita para cumplir esos deberes.

Los padres que priorizan a Dios por encima de sus hijos serán aún más capaces, enfocados, energizados, motivados y dotados de sabiduría y fuerza para cumplir su llamado piadoso de criar a sus hijos.

Las personas que ponen a Dios antes que a su cónyuge en todas las cosas serán los cónyuges más amorosos, leales, atentos, protectores y sanos, porque tratarán a sus parejas como Cristo trata a la iglesia, y esos matrimonios serán el lugar donde ambos individuos prosperarán, madurarán, crecerán y experimentarán el amor y la paz más profundos posibles en la Tierra.

Si bien debemos estar en el mundo, no debemos ser del mundo; por lo tanto, debemos estar listos para soltar cualquier otro apoyo o apego en este mundo en lugar de traicionar a Jesús para aferrarnos a lo que tenemos.

Si somos llamados como Lot a dejar o huir de nuestro hogar, nuestra comunidad, nuestra familia, nuestra riqueza, ¿estamos listos para seguir ese llamado, o sería demasiado

amenazante, demasiado aterrador, y elegiríamos morir aferrándonos a nuestras posesiones terrenales?

Si somos llamados como el joven rico a vender todo lo que tenemos y dárselo a los pobres y seguir a Jesús, ¿podríamos hacerlo, o nuestro sentido de valía, nuestra seguridad, nuestro significado e identidad se verían abrumados, y sería demasiado aterrador y temible hacerlo, por lo que nos aferraríamos a nuestro dinero y perderíamos nuestra alma?

Si nosotros, como Abraham o los de Mateo 10:34–38, somos llamados a romper lazos con miembros de la familia y enviarlos lejos, ¿podemos hacerlo, o encontramos que tal acto nos dolería demasiado, y elegiríamos aferrarnos a ellos en lugar de a Jesús?

Si somos llamados como los apóstoles a dejar nuestro empleo para servir al Señor, ¿somos capaces de hacerlo, o nos aferramos a nuestros ingresos terrenales para sentirnos seguros y protegidos, solo para perder la seguridad eterna?

Si somos llamados como Moisés a dejar una posición de poder y autoridad, un lugar de liderazgo social, ¿somos capaces de hacerlo, o tal degradación, una humillación, una pérdida de estatus nos aterroriza y asusta, causándonos tanta agitación que rechazamos el llamado, nos aferramos a la posición y al poder, y perdemos la salvación?

Si somos llamados como Pablo a seguir a Jesús a costa de ser rechazados por la iglesia de nuestra crianza, ¿somos capaces de hacerlo, o el rechazo de nuestra propia iglesia sería tan aterrador que nos negaríamos a seguir a nuestro Salvador, prefiriendo la seguridad de la membresía denominacional?

Si estamos en el liderazgo de una iglesia o una de sus instituciones y somos llamados, como Caifás hace dos mil años, a elegir entre seguir a Jesús o proteger los bienes de la institución, ¿somos capaces de seguir a Jesús, o nuestro sentido de seguridad estaría tan ligado a la organización que, como Caifás, diríamos: «Vosotros no sabéis nada; ni consideraréis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca» (Juan 11:50)?

Debemos llegar a ser como Job, quien, a pesar de perder todos sus apegos terrenales, todavía confió en Dios. La única forma en que podemos hacer esto es si ponemos a Dios primero en nuestros corazones ahora.

Debemos amarlo por encima de todos los demás y formar identidades, nuestro sentido de sí mismos, nuestro propósito, nuestra razón de vivir, sobre la verdad de quién es Él y quiénes somos para Él—Su precioso hijo o hija a quien ama tanto que envió a Su único Hijo para salvarnos. Cuando ponemos a Dios en primer lugar en todas las cosas y estamos asentados en la verdad de quién es Él, tanto intelectual como espiritualmente, mente y corazón, entonces somos sellados por Dios y nada, ninguna tentación, ninguna mentira, ninguna amenaza, ninguna pérdida, nos conmovirá de ello.

Y porque Dios quiere esto para nosotros, permite que los eventos se desarrollen en nuestras vidas de tal manera que nos ponen en una posición en la que debemos elegir lo que más valoramos, en quién confiamos más: Dios o algo más.

Elegir la confianza sobre los apegos terrenales y el miedo

Cuando experimentes algo que te cause miedo, inseguridad o te haga sentir amenazado, ve a Jesús y pídele que te ayude a identificar la fuente. Ora como David para que Dios escudriñe tu corazón y corte cualquier apego que se haya formado en tu vida que esté interfiriendo con tu conexión con Él. Elige entregarlo todo a Jesús, confiar en Él con todo, reconocerlo no solo como Salvador sino también como tu Creador (y Recreador) y Sustentador, y abrazar tu relación con Él como Su administrador y amigo amoroso, confiado y digno de confianza, porque Él ha prometido: «Nunca te dejaré, ni te desampararé». Así que decimos con confianza: «El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre» (Hebreos 13:5, 6).

PARTE 4. Dos Pactos Sobre Dos Leyes

Una Eterna, Una Temporal

Aquellos que están sellados por el amor, aquellos que han hecho a un lado el temor para que la pérdida de cualquier apego terrenal no los aparte de su lealtad, lo hacen en cumplimiento del pacto de Dios —pero ¿cuál pacto, y por qué importa?

Dios dijo a los israelitas después del Éxodo:

«Vosotros habéis visto lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz y guardareis **mi pacto**, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éxodo 19:4–6)

Un pacto es un acuerdo o arreglo entre dos partes. Pero en este pasaje, Dios no dice «nuestro pacto», sino «Mi pacto», y aun así llama al pueblo a obedecer Su pacto.

¿Cuál es este pacto, arreglo o acuerdo que Dios llama a la gente a obedecer?

¿Es el pacto en Sinaí el mismo o diferente del pacto con Adán, Noé y Abraham? ¿Es el mismo o diferente del pacto dado a toda la humanidad a través de Jesús —lo que Jeremías y Hebreos llaman el nuevo pacto?

¿Hay un solo pacto o hay dos pactos —hay un pacto antiguo y un pacto nuevo? ¿Son nombres diferentes para el mismo pacto, o son diferentes de alguna manera? ¿Están el pacto antiguo y el nuevo conectados pero son diferentes?

Hay dos pactos basados en dos leyes, dos promesas, dos tierras y dos puntos de inicio y fin. Un pacto es universal y eterno y se basa en la ley de diseño eterno de Dios y la promesa eterna; el otro pacto es provisional y temporal y se basa en un arreglo provisional y temporal de la ley y una promesa regional temporal.

La gente confunde constantemente estos dos pactos, leyes y promesas, y esto causa una confusión e incomprensión incalculables.

El Pacto Universal

El pacto eterno y universal de Dios es Su pacto de gracia para salvar a los pecadores del pecado, una promesa que hizo en el Edén (Génesis 3:15). Es el cumplimiento de Su plan que ha existido desde la fundación del mundo. Este es el pacto, acuerdo, arreglo hecho entre la Deidad antes de que la Tierra fuera creada, y que fue, como se registra en Génesis, comunicado y ofrecido a Adán, la cabeza de la raza humana, antes de que naciera cualquier hijo.

Este pacto universal es el acuerdo entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de que Jesús se haría humano, asumiendo la humanidad dañada por el pecado, sufriría todo el peso del pecado, en armonía con las leyes de diseño eterno y la justicia de Dios, y como nuestro sustituto sin pecado, en armonía con las leyes de la vida, destruiría la infección del temor y el egoísmo, la causa de la muerte, y, a través de Su vida humana sin pecado y muerte sacrificial, purgaría el espíritu de temor y egoísmo de la humanidad y restauraría el espíritu de amor y confianza, trayendo de vuelta la santidad, la perfección, la ausencia de pecado, un espíritu de vida justo y santo, a la humanidad y se convertiría en el redentor, el segundo Adán, la nueva cabeza de la humanidad, el vínculo de conexión entre la humanidad y Dios.

Este es el acuerdo que hizo la Deidad, y fue este pacto, el pacto de gracia, el que fue comunicado a Adán y Eva como se registra en Génesis 3:15: «La simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente» (Génesis 3:15).

Este pacto eterno, hecho entre los miembros de la Deidad eterna, se basa en la ley eterna de Dios —Su ley de diseño, las leyes sobre las que la realidad y la vida están construidas para existir y operar. La humanidad, la especie creada en el Edén, solo podría ser salvada por Jesús haciéndose humano, alguien que es parte de esta especie, que comparte la vida insuflada en Adán, y que erradica el espíritu terminal de temor y egoísmo y restaura en la humanidad un espíritu de amor y confianza.

Esto tenía que hacerse en armonía con la ley y la justicia de Dios —es decir, en armonía con la realidad, las leyes sobre las que Dios construyó la vida para

operar, y así restaurar a la humanidad a la unidad, al *at-one-ment* (reconciliación), con Dios.

Para hacer esto, Jesús tuvo que convertirse en un ser humano real. Y Él se hizo un ser humano real al participar de la vida/espíritu/aliento de vida insuflado en Adán, una vida corrompida con temor y egoísmo por Adán y transmitida a todos nosotros. Jesús participó de esta vida a través de Su madre humana, María, y así se convirtió en un ser humano real, parte de esta familia humana.

Pero el Padre de Su humanidad fue el Espíritu Santo, así que Él nació como un ser humano real pero uno que tenía una vida sin pecado, un espíritu puro de perfecto amor y confianza. En Su humanidad, Él pudo experimentar la tentación en todos los puntos, así como nosotros, pero eligió vivir solo por la vida de amor y confianza y, así, estuvo «sin pecado» (Hebreos 4:15).

Para completar el pacto, el acuerdo hecho entre la Deidad, Jesús, en Su humanidad, tuvo que sufrir todo el peso de la justicia de Dios, que es Dios haciendo lo que es correcto o justo en armonía con Su ley. Esto significa que Dios no interferiría artificialmente, no cambiaría, abreviaría, modificaría o abrogaría Su ley, sino que sostendría la operación de Su ley en toda su extensión y resultado.

Esto significa que el impacto del pecado fue experimentado plenamente por Jesús, nuestro sustituto humano. Esto significa que Él experimentó todo el peso de lo que el pecado hace sin ninguna intervención de Su Padre, sin que el Padre lo amortiguara, lo anesthesiara, lo redujera o lo eliminara.

Y el pecado tentó a Jesús —Él fue tentado con dolor, temor y el espíritu de temor y egoísmo para actuar y salvarse a Sí mismo. El espíritu de temor y egoísmo, con su terror, pavor, culpa y vergüenza, tentó a Jesús a creer la mentira de que Su separación del Padre sería eterna (aunque Jesús sabía mejor y ya había dicho a Sus discípulos múltiples veces que moriría y resucitaría). El Padre no quitó la carga, pero cuando Jesús cayó moribundo en Getsemaní, el Padre en su lugar envió un ángel para fortalecer la humanidad de Cristo para que Él pudiera completar Su pacto, misión, acuerdo.

El espíritu de temor heredado de Adán atormentó a Jesús, y en la cruz, Él murió cuando el Padre se separó de Él, porque el pecado corta la conexión con Dios, la fuente de vida. El Padre sostuvo Su ley de diseño, la ley de la libertad, y dejó a Jesús libre para cosechar lo que Jesús eligió —y Jesús eligió ser nuestro Salvador, nuestro sustituto humano, para completar el pacto de gracia que Él había establecido con Su Padre.

En la cruz, Jesús mató, purgó, eliminó, destruyó el espíritu de temor y egoísmo de la humanidad que había heredado a través de María y resucitó en una humanidad purificada y sin pecado animada solo por el espíritu sin pecado que heredó del Espíritu Santo.

Jesús pactó, acordó, arregló con Su Padre y el Espíritu asumir la humanidad terminal en el pecado y curarla, perfeccionarla, redimirla y restaurarla a la familia sin pecado de Dios.

Este es el pacto de gracia de Dios, que es el pacto eterno y el cumplimiento de las leyes de diseño de vida de Dios siendo sostenidas por Dios y vividas por Jesús.

Este pacto es universal en su aplicación. La especie humana fue salvada, puesta en rectitud con Dios, justificada con Dios, en la persona de Jesucristo, y a todo pecador humano, a causa de Jesús, se le ofrece sanación gratuita, salvación gratuita, restauración gratuita, intercambio gratuito de su vida pecaminosa terminal por la vida sin pecado de Jesús. Simultáneamente, el pacto de Dios, completado por Cristo, asegura al universo sin pecado en lealtad.

«Porque al Padre le agradó que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él **reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos**, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Colosenses 1:19–20)

Este es el pacto universal y eterno que se extiende a los seres no caídos, ya que demuestra la verdad del carácter de Dios, Sus leyes de diseño inmutables y los confirma en su lealtad.

- Pedro describe este pacto eterno diciendo: «Él fue elegido antes de la creación del mundo, pero fue manifestado en estos postreros tiempos por amor a vosotros» (1 Pedro 1:20).
- Apocalipsis también lo referencia: «El Cordero inmolado desde la fundación del mundo» (Apocalipsis 13:8).

Vemos este acuerdo eterno a lo largo de las Escrituras:

- «Y ahora, el Señor Soberano [Padre] me [Hijo] ha enviado, con su Espíritu [Espíritu Santo]. Así dice el Señor —tu Redentor, el Santo de Israel» (Isaías 48:16, 17).
- «He aquí mi [Padre] siervo [Hijo], a quien yo [Padre] sostengo, mi [Padre] escogido [Hijo] en quien mi [Padre] alma se complace; he puesto mi Espíritu [Espíritu Santo] sobre él [Hijo]; él [Hijo] traerá justicia a las naciones» (Isaías 42:1).
- «Porque de tal manera **amó Dios** al mundo, que **ha dado** a su **Hijo unigénito**, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. **Porque no envió Dios a su Hijo** al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo **sea salvo** por él» (Juan 3:16, 17).
- «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él, todas las cosas?» (Romanos 8:31).

Fue el acuerdo, la voluntad, el arreglo del Padre, que Jesús fuera nuestro Salvador, nuestro sustituto, para tomar sobre Sí mismo la condición de pecado con el propósito de eliminarla y restaurar a la humanidad a la perfección sin pecado y la vida eterna. Jesús es, como Juan el Bautista dijo, «el Cordero de Dios, que **quita el pecado** del mundo» (Juan 1:29). Esta es la voluntad del Padre —destruir el pecado y salvar a los pecadores. Este es el pacto eterno de gracia que fue repetido a Noé cuando Dios salvó a la familia humana de la destrucción eterna manteniendo abierta la avenida para el cumplimiento de la promesa de Génesis 3:15.

Es el pacto comunicado a Abraham en la promesa: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste mi voz» (Génesis 22:18).

Esa «simiente» es Jesús, la «simiente» prometida de Génesis 3:15.

Y esta promesa universal fue repetida a Isaac y Jacob:

- A Isaac: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra» (Génesis 26:4).
- A Jacob: «En ti y en tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra» (Génesis 28:14).

Este pacto eterno se basa en la ley de diseño eterno de Dios, las leyes sobre las que la vida y las operaciones de la realidad están construidas, y es universal en su aplicación.

El Pacto Temporal

Pero Dios también hizo un pacto provisional, regional y temporal separado con Abraham, Isaac, Jacob y sus descendientes, y ese fue el acuerdo o pacto de misión de que ellos serían los protectores de la Palabra escrita de Dios, el depositario de las herramientas de enseñanza de lecciones objetivas, y lo más importante, la rama de la familia humana a través de la cual vendría el Mesías para la culminación del acuerdo (pacto) eterno global.

En otras palabras, Dios hizo un pacto/acuerdo temporal, centrado en la misión, con los judíos con el propósito de cumplir Su pacto/acuerdo global eterno.

Este pacto temporal, provisional y regional fue el pacto para que los judíos poseyeran la tierra de Palestina. Y incluyó las leyes, ordenanzas, rituales, ceremonias impuestas temporalmente, y el arreglo añadido y temporal de la ley de diseño eterno en forma de los Diez Mandamientos, escritos para la necesidad de los humanos pecadores.

Todas estas leyes fueron añadidas con el propósito de establecer una organización en un mundo pecaminoso, compuesta por personas pecaminosas e inconversas, con una estructura externamente impuesta suficiente para mantener la integridad organizacional el tiempo suficiente para el cumplimiento del pacto eterno global que realmente resolvería y eliminaría el pecado —es decir, hasta que Jesús naciera y completara el pacto eterno de gracia hecho entre la Deidad y comunicado a la humanidad en el Edén.

La promesa de Dios para el cumplimiento local/regional a los descendientes biológicos de Abraham incluyó la promesa temporal de una porción de tierra local:

«Jehová se apareció a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra» (Génesis 12:7).

Esta es la promesa regional para que los descendientes genéticos ocuparan Canaán con el propósito de ser la rama de la familia humana a través de la cual nacería el Mesías.

Pero Dios también prometió a Abraham que a través de su «simiente», es decir, Jesús, el pacto universal prometido en Génesis 3:15 se cumpliría.

Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: «Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y hacia el sur, y hacia el oriente y hacia el occidente. Porque toda la tierra que ves, a ti la daré, y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo y a lo ancho de ella; porque a ti la daré» (Génesis 13:14–17).

Lo que se promete aquí no es una franja de tierra en el Medio Oriente, sino que toda la tierra (este, oeste, norte, sur —todos los puntos cardinales) será dada al pueblo de Dios; la tierra será hecha nueva, y aquellos que son como Abraham en carácter, en fe, cuyos corazones han sido circuncidados del pecado, serán herederos de esta promesa e heredarán la tierra. Como dijo Jesús, *los mansos heredarán la tierra*, no solo el Medio Oriente.

El pacto con Abraham y las promesas a él fueron duales —uno local, regional y uno global, eterno. Estos pactos tenían dos leyes, dos tierras prometidas, dos aplicaciones, dos propósitos, dos puntos de inicio y dos puntos finales.

La aplicación local es aquella en la que los descendientes genéticos de Abraham son la rama de la familia humana a través de la cual Dios cumple la promesa de Génesis 3:15 y a través de la cual nace el Mesías. Esta promesa local y regional a Abraham le informa que sus hijos heredarían la tierra de Canaán con el propósito de cumplir su misión de proteger el registro inspirado y ser el camino a través del cual vendría el Mesías para que Jesús pudiera cumplir la promesa universal más grande de Dios, el pacto de gracia registrado en Génesis 3:15, y aplastar la cabeza de la serpiente para que «los mansos heredarán la tierra» hecha nueva (Mateo 5:5) —la verdadera Tierra Prometida.

Los descendientes genéticos heredaron Canaán para ser el camino para que Jesús, nuestro Salvador, naciera y cumpliera el pacto dado a toda la familia humana en Génesis 3:15 para que los descendientes espirituales de Abraham — todos aquellos que tienen fe como Abraham— hereden todo el planeta, la tierra hecha nueva. Pablo confirma esto:

«Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; pues todos los que fuisteis bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. **Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa**» (Gálatas 3:26–29).

La promesa de doble cumplimiento a Abraham tuvo dos puntos de partida y dos puntos finales. El punto de partida de la promesa universal fue en el Edén, registrado en Génesis 3:15; el punto de partida de la promesa regional fue con Abraham cuando fue llamado de Ur.

El punto final de la promesa universal es cuando Jesús recrea la tierra y los mansos la heredan; el punto final de la promesa regional para el pueblo genético fue cuando rechazaron y crucificaron a Cristo y dijeron: «No tenemos más rey

que César» (Juan 19:15). Esto es confirmado por Jesús cuando les dijo: «Vuestra casa os es dejada desierta» (Mateo 23:38).

Jesús entrelaza magistralmente estas dos promesas de pacto en Su descripción profética de la destrucción de Jerusalén y Su segunda venida, como se describe en Mateo 24 y Marcos 13.

La destrucción de Jerusalén ocurrió porque el cumplimiento regional de la promesa había terminado. Los descendientes genéticos mantuvieron intactos los escritos proféticos, mantuvieron abierta la avenida para el Mesías, y Jesús vino, pero ellos lo rechazaron y, por lo tanto, no había más propósito para que una tierra regional fuera ocupada por ellos. El evangelio debe ahora ir al mundo.

Ahora es el momento de la aplicación global, que culmina en la Segunda Venida y los mansos heredando la tierra.

Comparación de los Dos Pactos

GRACIA	LEY
Eterna / Universal	Temporal / Provisional / Regional
Ley de diseño	Ley impuesta
Ley escrita en el corazón	Ley escrita en piedra
Todo el mundo	Palestina
Toda la humanidad	Los judíos
Comenzó con la caída de Adán	Comenzó con el llamado de Abraham
Propósito: eliminar el pecado del universo	Proteger la Palabra escrita / conducir a la Palabra viva
Se aplica a todo el universo	Se aplicaba a la nación judía en tiempos bíblicos
Nunca termina ni concluye al final de los 1.000 años	Terminó en la crucifixión / resurrección de Jesús

Existe un pacto eterno/universal de la gracia de Dios, construido sobre las leyes de diseño eternas de Dios, aplicable a toda la creación de Dios, con aplicación específica a la redención de la humanidad pecadora, pero que también purifica de pecado a todo el universo. Este pacto entró en vigor cuando Adán cayó, fue ratificado, certificado y cumplido cuando Jesús murió, y se completará al final de los 1.000 años, cuando el pecado y los pecadores sean eliminados del universo y todos los seres inteligentes restantes vuelvan a la perfección y unidad con Dios.

Pero en el proceso de Dios completando Su pacto eterno/universal, Él hizo un pacto o acuerdo temporal/provisional —no uno de salvación, ya que ese es el pacto eterno, sino uno de misión y propósito, y esa misión era que los judíos fueran los depositarios de la Palabra Escrita, las herramientas de enseñanza mediante lecciones prácticas, y la rama/vía biológica de la familia humana a través de la cual nacería el Mesías.

Ese acuerdo o pacto temporal fue con los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, y se basó en leyes, rituales y ceremonias impuestas¹ —ninguno de los cuales traía salvación, pero que trajeron estructura y orden en un mundo pecaminoso con el propósito de lograr la misión u objetivos en este mundo pecaminoso para completar el pacto eterno/global, que es ofrecido gratuitamente a toda la humanidad.

Debido a que el problema del pecado es un problema global que abarca a toda la raza humana, el pacto salvífico de Dios es también global. Así, Pablo nos dice que la promesa dada no está restringida a los descendientes genéticos de Jacob, sino que es para todos nosotros: «No hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa» (Gálatas 3:28, 29).

La gran nación con muchos descendientes prometida a Abraham será gobernada por un rey de la línea de David; ese reino no es un reino regional, sino uno eterno. Como el ángel le dijo a la virgen María acerca de su Hijo: «Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lucas 1:32, 33).

El escritor de Hebreos confirma todo esto cuando nos dice que los fieles de Dios en tiempos bíblicos —Abel, Enoc, Noé, junto con Abraham, Isaac y Jacob que vivieron «en la tierra prometida» (Hebreos 11:9)— «no recibieron lo prometido» (Hebreos 11:13), que todavía «esperaban la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hebreos 11:10). «Todas estas personas» de fe «no recibieron lo prometido; lo vieron y lo acogieron desde lejos. ... Anhelaban una patria mejor, una celestial» (vv. 13, 16).

¡Increíblemente, la Biblia nos dice que todas estas personas no recibieron lo prometido! ¡Y Enoc, que fue llevado al cielo, está en esa lista! Enoc, quien ya ha recibido vida eterna, un cuerpo glorificado y que actualmente vive en el cielo con Jesús, seguramente ha recibido la promesa, ¿no es así? No en su sentido completo y más pleno. ¿Qué le fue prometido a Abraham? Que sus descendientes heredarían la tierra. Esta promesa no se realizará hasta que Jesús venga de nuevo, todo pecado y pecadores sean eliminados, la Nueva Jerusalén descienda del cielo y la tierra sea hecha nueva para ser el hogar de los justos. Entonces la promesa se realizará, y nosotros, que tenemos fe como Abraham, recibiremos nuestra herencia de una tierra buena, un hogar hermoso, perfecto e impecable, que Dios destinó a Adán y Eva para que lo poseyeran. Lo que Jesús dijo es

absolutamente cierto, *los mansos heredarán la tierra*, porque lo que Dios ha prometido, ¡Él lo cumplirá!

Abrazando el Pacto de la Gracia

A lo largo de esta revista, hemos explorado cómo cada persona, a causa del pecado de Adán, nace esclavizada por el miedo y el egoísmo y es completamente incapaz de liberarse. Sin embargo, también hemos visto cómo nuestro Dios Creador de amor nunca ha abandonado a Sus hijos enfermos de pecado, sino que provee un remedio real para liberarnos del miedo y el egoísmo a través de Jesucristo. Nuestro Padre celestial nos está llamando de nuevo a una relación construida sobre la confianza y el amor a través de un entendimiento de quién es Él realmente.

El miedo comenzó cuando la humanidad desconfió de Dios y se volvió hacia sí misma en busca de seguridad. Desde entonces, el corazón humano ha sido impulsado por el miedo a sobrevivir, a protegerse, buscando adquirir poder, posesiones o ejercer control sobre otros. Pero nada de esto sana el corazón ni elimina la infección del miedo. Solo a través de Jesús se encuentra la verdadera sanación, salvación, regeneración, liberación, paz y poder para la victoria sobre nuestro miedo inherente. Solo en la verdad, el amor y la confianza en nuestro Dios Creador se encuentra la libertad.

Desde la liberación de Israel de Egipto, el cruce del Mar Rojo, la entrega de la ley y el sellamiento del pueblo de Dios, vemos a Dios actuando, interviniendo, Su gracia en acción para sanar y salvar: Dios revela la verdad en amor y nos invita a confiar; nosotros respondemos abriendo el corazón en confianza; y luego Él derrama Su Espíritu dándonos nueva vida —la vida de Cristo (Gálatas 2:20)—, y nacemos de nuevo para vivir vidas de amor y confianza, liberados del control del miedo. Lo que Él pidió al antiguo Israel, nos lo pide a nosotros hoy: confiar en Él frente al miedo, permanecer fieles a Él cuando el camino parezca cerrado y avanzar con confianza, confiando en Él en cómo resulten las cosas.

¹ Esto no significa que los Diez Mandamientos fueron abolidos o que ya no son vinculantes, sino que en el nuevo pacto el aspecto completo de la ley del amor

(amor a Dios y al hombre), que están codificados por los Diez Mandamientos, ya no están escritos externamente sobre piedra, sino que están escritos internamente en el corazón (Hebreos 8:10).



Fundado en 2010 por Timothy R. Jennings, M.D., Come and Reason se dedica a ayudarte a aprender a discernir, a estimularte a pensar, a afinar y refinar tus poderes de razonamiento, y a aumentar tu capacidad de distinguir el bien del mal. No estamos aquí para decirte qué pensar, sino para mostrarte cómo usar de manera más eficiente tu poder de razonamiento *dado por Dios* para crecer mejor en gracia y acercar a Dios en tu caminar personal con Él.



¡Visítanos en comeandreason.com para saber más!

- Retransmisión en vivo de estudio bíblico
- Respuestas a tus preguntas bíblicas
- Pódcasts
- Blogs oportunos
- Cursos de formación

[x.com/designlawCR](https://twitter.com/designlawCR)

youtube.com/comeandreasonmin

facebook.com/comeandreasonministries

Come and Reason Ministries
4922 La Collina Way, Ste 100
Ooltewah, TN 37363
comeandreason.com